

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—La devocion del Santo Rostro [poesia], por don Juan A. de Viedma.—La Flor del Castellar, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—Londres y la Exposicion, por don A. Pirala.—Exposicion de Bellas Artes, por don José M. de Larrea.—Labores, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurin de Modas.—Grabado de Labores.*

INSTRUCCION.

CARTAS Á JULIA.

XXVII.



E dices, Julia, que mi abuela de hoy nada tiene de comun con la abuela que te pinté en mis primeras cartas, y con este motivo, te burlas con suma gracia de la impericia con que el pintor ha manejado sus pinceles.

La defensa es justa y lejitima, y por lo tanto, debo decirte en mi abono, que la culpa no está en el pintor, sino en el objeto que se proponia retratar.

La abuela sabe esconder tan bien su talento y su vastisima instruccion, bajo los triples velos de la modestia, el pudor y la sencillez, que es preciso tratarla mucho para arrancarla paulatinamente su secreto.

Es semejante á aquellas estátuas gigantescas, colocadas encima de un obelisco, que parecen diminutas desde abajo, siendo indispensable remontarse hasta su altura, para comprender sus colosales dimensiones.

Ella dice que así debe ser el talento de la mujer, verdadero tesoro de Salomon, que solo aparezca á los ojos del que posea el anillo mágico que simbolice sus virtudes: talento misterioso, que debe ignorarse á sí mismo, y desenvolverse tan solo y germinar al

calor del hogar doméstico, para producir el bien de la familia.

Pero no creas que su sencillez es hipocresía, y su modestia aquella falsa modestia con que se disfraza la vanidad, desdeñando la aprobacion del vulgo, no; la abuela, que todo lo subordina á un solo sentimiento, el bienestar de los demás, crée que cuanto sabe nada vale si no concurre á este objeto, y solo experimenta un santo orgullo cuando sus consejos han producido un bien, ó sus profundas y estudiosas meditaciones han obtenido un resultado ventajoso para todos.

Lo creerias? La instruccion, de la cual otras se muestran tan ufanas y orgullosas, haciendo un pomposo alarde de sus conocimientos, aun sin venir al caso, ella la oculta como si fuera un delito, porque, me ha dicho muchas veces en secreto, y en secreto te lo confio á tí, los hombres quieren que la mujer sepa ilustrar sus dudas en un caso dado, quieren ser comprendidos en sus elucubraciones filosóficas; pero semejantes á los que asisten á un espectáculo de polichinelas, se incomodan de ver los hilos que hacen mover sus brazos y su cabeza, y de comprender que la voz no sale directamente de la garganta de aquellos ficticios personajes, porque esto destruye su ilusion.

Los hombres quieren un talento formado, y se incomodan de ver las manos de su hermosa compañera manchadas con el polvo de los Infólios, y entre su guirnalda de flores asomar la borla del doctorado, porque acaso anhelan que todo en ella sea suavidad, gracia y armonía.

Además, el hombre ha venido al mundo á dominar, á proteger, á difundir las luces de su ciencia, y se resiente de que el sér débil y amante, confiado á su proteccion, se rebele, se proclame su igual, y le arranque sus naturales atributos.

Viendo ya en él una imagen de sí mismo, y no el complemento que le falta, huye de su comercio, le desestima, y de ahí ese eterno sarcasmo que marchita los laureles de la mujer sabia, y hace de ella el Párida de la sociedad: ¡ser desdichado y excepcional, extraño á los dos sexos, porque ambos le desconocen y le rechazan de su seno!

Y este es un justo castigo, por anteponer la vanidad al amor, por no aplicar su talento á lo que deben, es decir, á la felicidad de aquellos á quienes aman.

La que estudie con este fin, la que no aspire á una gloria que no es de su dominio, fea ó bonita, vieja ó jóven, puede avanzar tranquila en la senda de la vida, segura de hallar por todas partes estimacion y aprecio, y acaso los lauros que no busca, porque la gloria va siempre detrás de nosotros, recogiendo nuestras acciones, nunca delante, y de aquí, que por mas que corra, le es imposible alcanzarla, al que como Pirra y Deucalion, no arroje por detrás de sí piedras milagrosas, que se conviertan en seres bellos y animados.

Esto me ha dicho muchas veces la abuela, este es su secreto: secreto acaso de coquetería, tan bien guardado, que á muy pocos les ha sido dable penetrarlo, y esta es tambien su excusa y su defensa.

Dispénsame, amiga mia, si hoy soy mas breve que de costumbre, pero habiéndome propuesto ser útil en la casa, me llaman las obligaciones que me voy imponiendo.

ÁNGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA DEVOCION DEL SANTO ROSTRO (1).

Cuál me elevo en mí mismo al contemplarlo.

Dante.

I.

¿Adónde vais, campesinas,
Las de la toca encarnada,
Las del cabello trenzado,
Las de las azules sayas?

(1) Del bellissimo libro de poesías, que con el popular título de *Romancero* ha ofrecido la Sociedad económica de Amigos del Pais de Jaen á SS. MM. en la jornada á Andalucía, tomamos el siguiente Romance, que creemos verán con gusto nuestras lectoras.

¿Adónde vais tan alegres
Por la vega y la montaña,
Cuando aun brillan las estrellas,
Cuando aun las aves no cantan?

¿Adónde es la romería;
Qué boda ó baile os aguarda?
¿Adónde vas, labradora,
En tal traje y tales galas?

—Hoy es fiesta de la Virgen,
Responden las aldeanas,
Hoy en la ciudad se adora
De Cristo la Imágen Santa.

De siega á siega podemos
Verla solo tres vegadas,
Dos al labrar las campiñas
Y una al recoger las parvas.

Por eso al sembrar las mieses
Vamos cada año á adorarla,
Y volvemos cuando nacen,
Y luego cuando se guardan.

Por eso hoy vamos al templo
Al despuntar la mañana,
Con el cabello en un lazo,
Mantilla roja con franjas,

Zarcillos con piedras verdes,
Rosario con cuentas blancas,
Saya azul, negro corpiño,
Y cruces con esmeraldas.

Seguidnos las que tengais
La devocion en el alma;
Seguidnos los labradores,
Que hoy es fiesta y no se labra.—

Y la colina y el valle
En grupos alegres salvan
Labriegos y campesinas
Cuando la noche se acaba.

Y pierden luz las estrellas,
Y toma color el alba,
Y peina su pluma el ave,
Y el rocío se abrillanta.

II.

¿Por qué ante el templo se agrupa
El pueblo en vistosas masas?
Por qué á sus lenguas de bronce
No dan tregua las campanas?

¿Qué aniversario celebran,
Qué nueva feliz dilatan,
Qué hechos gloriosos publican
De la enseña castellana?

Es que Jaen la muy noble,
La del suelo andaluz guarda,
La ciudad que tiene escritas
En cada piedra una hazaña;

La que al peso de su gloria
Se recuesta fatigada
Sobre sus propios laureles
De su castillo en la falda;

Rica de fé, como un tiempo
Pródiga de sangre hidalga,
Rinde á Dios de sus creencias
La ofrenda sencilla y franca.

Por eso los moradores
De la vega y la montaña,
En sayales domingueros
Llenan la iglesia y la plaza.

Por eso cuando el prelado
Muestra al pueblo la Faz Santa
Del Dios que ofreció su vida
Por la redencion humana,

Toda la ciudad es templo,
Todos ante Dios se igualan,
Todos doblan la rodilla,
Todos sienten, todos callan.

Descubren los labradores
Frentes por el sol tostadas,
Y en los brazos de sus madres
Los niños sus brazos alzan,

Y llora de fé la abuela,
Que en las rústicas veladas
Aprender hizo á sus nietos
Las oraciones cristianas,

Y á su Dios presenta humilde
Del hogar el Patriarca
Su báculo, que es su cetro,
Y su corona de canas.

III.

Santa Imágen, Santa Imágen,
Orgullo de estas comarcas,
Reliquia que solo un Santo
Pudo traer á mi patria,

Tú eres la fé de este pueblo,
Á Tí sus himnos levanta,
Tú le das sus alegrías
Y Tú le enjugas sus lágrimas.

Cuando tocó á tus altares
La impura mano africana,
En oculto santuario
Te alzó el muzárabe un ara;

Y cuando el gran Rey que á un tiempo
La Iglesia y la historia ensalzan,
Vencido Alhamar, su enseña
Clavó en el árabe Alcázar,

Por verte tornar al templo
Quedáronse, Imágen Santa,
Desierta la serranía,
La ancha vega despoblada.

Qué mucho que el que su gloria
Debió á la fé en cien batallas,
Cuando á cercar fué á Sevilla
En su Real te llevará.

Horas de siglos contaron
Los fieles que te adoraban,
Y fué la ausencia muy triste,
Y fué la ausencia muy larga.

Ay! bien haya el buen Obispo
Que aquí te tornó, bien haya
Que con tu vista cobraron
Su tesoro estas murallas,

Su lozanía esta vega,
Su hermosura esta montaña,
Su transparencia este cielo,
Y estas flores su fragancia;

Porque Tú eres, Santa Imágen,
La devocion de mi patria:
Tú la das sus alegrías,
Y Tú la enjugas sus lágrimas.

JUAN A. DE VIEDMA.

JAEN, *Setiembre* 1862.

LA FLOR DEL CASTELLAR.

TRADICION.

Las campiñas mas fértiles de nuestra hermosa España son sin duda las de Aragon: esto sin embargo, no quiere decir que sean las mas bellas, pues ni pueden igualarse á los encantados cármenes de Andalucía, ni á los brillantes jardines de Valencia: pero sus inmensos bosques de pinos, sus espesos olivares, sus pomposas viñas les dan un aspecto de riqueza y de vigorosa vegetacion, que reanima el alma mas abatida, y alegra el corazon mas triste.

Por una parte se vé el Moncayo, con su cabeza cubierta de nieve y sus mantos esmaltados de flores: pues el risueño anciano no cambia jamás sus vestidos bordados por las manos de la naturaleza: hácese además una corona con los rayos del sol, y ríe á

los pastores del llano y á los campesinos de la sierra, que le saludan de lejos con tanto amor como veneracion.

Una infinidad de pueblecillos se asienta en las praderas que hay á la falda del monte: pero el mas risueño es el de Santa Cruz de Továr, que se halla muy cerca del venerado santuario de la Virgen de Misericordia.

Halagada por los céfiros, que tienen sus moradas en las quebraduras del monte, se alza la capital de Aragon, Zaragoza, la triste y altiva señora, cuyo seno fué un tiempo la córte de Pedro el del Puñal: guárdala el Moncayo á la izquierda: apoya su robusta espalda en el suntuoso castillo de la Aljaferia, y sírvele de atalaya á la derecha el sombrío y elevado Castellar.

El Castellar no es un monte verde y hermoso como el Moncayo: sus peladas crestas son terrizas y amarillentas, y solo han podido producir algun pino solitario, ó alguna enorme zarza colmada de amargo fruto: hoy le habitan pastores, pero, en el tiempo de las guerras feudales, y durante el reinado de don Pedro I, sus anchas grutas sirvieron de abrigo á los nobles perseguidos por la justicia del Rey ó por las iras de sus enemigos, y no pocas veces de guarida de bandidos y salteadores, pues ya se sabe que el fruto de las guerras es casi siempre la reproduccion de esas hordas, que viven durante las conmociones de un reino, y desaparecen con la paz, como si las hubiera tragado el infierno.

Dejémos al Moncayo con su vestido de flores y su corona de sol, protegido por la Virgen de Misericordia, cuya ermita se eleva á su pié, y vamos, lector amigo, á internarnos en las sombrías gargantas del Castellar, á principios del año 184...

II.

No era una época de política ni de efervescencia la en que yo voy á abrir la accion de esta pobre historia: y aunque lo fuese, la autora de estas líneas, no sabria, lectoras mias, ni definiros la causa de sus hechos, ni siquiera los nombres de los personajes autores de ellas: nació al final de la guerra, y solo recuerda que su madre, teniéndola en su regazo, le hacia unir sus manecitas, y le decia:

—Reza, hija mia, por los que mueren en los combates. Y entonces la buena madre oraba con fervor, y hacia que su hija repitiese las palabras santas, con un gorjeo mas confuso que el de los pajarillos.

No es, pues, la relacion de desastrosas guerras lo que vais á oír, amables lectoras, es la pobre historia de una pobre niña, nacida entre las grietas del monte como una flor silvestre.

Era estío: los pastores del Castellar habian abandonado todas sus grutas y se habian retirado á un valle lejano, ya por lo plácido de la estacion, ya por

el terror que les inspiraba una partida de bandoleros que vagaba por el monte y por una selva vecina: ganados y guardas pasaban los dias en los campos, y las noches en diversas heredades, que les daban abrigo con aquella caritativa voluntad tan comun en el pueblo aragonés.

Solo una gruta estaba ocupada, pero esta habia sido convertida en cabaña, gracias á los cuidados del tio Marcelo, que la habitaba hacia muchos años.

El tio Marcelo contaba ya sesenta inviernos, pero era alto, fuerte, y nervudo: sus cabellos blancos hacian un estraño contraste con sus ojos y sus cejas, negras como el azabache: su carácter era brusco y regañon, y su traje siempre nuevo, porque jamás le remendaba, apenas empezaba á romperse le daba á un pobre, y compraba otro.

Solo á dos seres amaba en el mundo el tio Marcelo: estos eran, Rosa, su hija, y Leal, su gran mastin, de raza indefinible, pero de colosal corpulencia.

Rosa tenia 16 años, y vestia como las aldeanas de Aragon: una basquiña de indiana, de fondo azul y ramos de rosas, corta hasta dejar ver sus piecitos calzados con una media de estambre y un zapatito de seda adornado de un gran lazo: un corpiño encarnado respunteado de seda blanca, y un pañuelo al cuello, de muselina bordada, componian su traje: sus cabellos castaños bajaban recogidos en trenzas tanto como su basquiña, y su garganta estaba adornada con un collar de granos de ambar.

¡Qué hermosa estaba Rosa con este traje! ¡qué hermosa con sus ricas trenzas, con sus ojos oscuros velados de negra seda, con sus megillas de marfil, y sus labios de coral! ¡qué bella estaba Rosa!

Los pastores la llamaban *La flor del Castellar*, y se quedaban embebecidos mirándola cuando pasaba por los campos; pero ninguno se atrevia á decirla amores.

¡Tenia la garganta tan linda y delicada, las manos tan blancas, los piés tan chiquitos y arqueados, la voz tan dulce! Los pobres pastores la miraban como á un sér superior, y decian algunas veces en torno de la hoguera que encendian para calentarse en el invierno:

—Rosa se casará con un señor!

En cuanto al tio Marcelo, nada decia: pasaba la mitad de su vida arreglando un pequeño campo, que cultivaba detrás de su cabaña: un tercio cogiendo legumbres y vendiéndolas en el mercado de la ciudad, y el resto cortando leña en el monte, que vendia tambien.

Rosa permanecia en la cabaña cosiendo sus basquiñas, ó respunteando sus justillos, y cuidando algunas flores colocadas en macetas á la puerta de su vivienda.

Algunas veces le decia su padre:

—¿No tienes miedo á los bandoleros, Rosa?

—No, padre mio, contestaba la niña.

—¿Cómo así?

—¿No está conmigo la Virgen? Decía Rosa, señalando una imagen de María, colocada en un nicho que formaban las piedras de la cabaña.

El tío Marcelo sonreía de esta cándida respuesta, y llamando á Leal, se iba á su labranza ó á cortar su leña: no obstante, el cuidado de la seguridad de Rosa le hacía volver siempre antes de cerrar la noche.

III.

Rayaba apenas la primera luz de un día de Julio, que prometía ser muy caloroso, cuando el tío Marcelo abrió la puerta de la cabaña, y salió al monte precedido de Leal.

El Castellar estaba en calma: algunos pastores hacían sus almuerzos en las cavernas, pues sabían que los bandidos solo moraban en ellas durante la noche, y que les dejaban en pacífica posesión de sus hogares durante el día.

A la puerta de una de las grutas mas profundas, cuatro pastores, dos de ellos ancianos, y los otros dos jóvenes, habían encendido un abundante fuego, y freían en una gran sarten una enorme cantidad de migas de pan moreno, remojadas en leche, y tostadas con grasa de carnero.

—¡Tío Marcelo! Eh, tío Marcelo! gritó el mas anciano: venid acá á probar nuestro almuerzo.

El labrador se acercó, y todos le hicieron sitio.

—¿Y la linda Rosa, tío Marcelo? preguntaron los dos jóvenes.

—Durmiendo queda, hijos míos.

—¿Sin miedo á los ladrones?

—Sabe que durante el día hay pastores en el monte; por la noche la guardo yo.

—Y que todos nosotros nos dejaríamos matar antes de consentir que ninguno de la cuadrilla llegase á ella.

—Gracias, amigos, gracias! Pero sabéis lo que me dijeron ayer en la ciudad?

—¿Qué?

—Que el Corregidor ha mandado pregonar al capitán de la banda, y ofrece al que le descubra diez mil duros en buena moneda.

—¡No es mala suma! dijo uno de los ancianos pastores: es una riqueza, pero yo no la quiero, si para lograrla he de causar la muerte á un hombre.

—Ni yo! añadieron en coro los otros tres pastores.

—¡Libreme Dios de desearla! dijo el tío Marcelo, pero continuó: dádme á probar las migas, que me voy.

Uno de los dos jóvenes le alargó una cuchara de madera, tosca pero limpia: el anciano la llenó de migas, y ya la llevaba á la boca, cuando la soltó, que-

dándose lívido, desfavorido y con los ojos fijos en un hombre, que, saltando las sinuosidades del monte, se dirigía á su cabaña.

(Se continuará.)

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LÓNDRES Y LA EXPOSICION.

III.

En el inmenso edificio de la Exposición no se sabe qué admirar mas. Aquel palacio de todas las ciencias, de todas las artes é industrias, no es el deslumbrador Palacio de Cristal; pero es un templo colosal, que podrá no tener poesía en la forma ni elegancia en su conjunto, pero tiene grandeza, aunque ruda, y llena su objeto. Y aun podía ser, sin embargo, mas grande, y eso que mide siete leguas el trayecto de todos sus departamentos, por lo cual se comprenderá lo difícil de enterarse de lo que cada uno de ellos contiene, aun cuando no embarazasen las cincuenta ó sesenta mil personas que han ido diariamente á visitar la Exposición.

Pero á bien que había allí para satisfacer todos los gustos, y cada cual se detenía donde le escitaba su afición ó curiosidad. Había, sin embargo, sitios que escitaban la de todos.

Nuestras amables lectoras no hubieran dejado de detenerse en la fuente de agua de olor, embalsamando constantemente la atmósfera, y habrían mojado en ella sus pañuelos.

En los departamentos de sedería se verían perplejas en la elección, porque allí estaba el refinamiento del buen gusto en colores y dibujos, y si nuestros industriales no competían en esta parte, se llevaban la palma en la fortaleza del tejido, siendo tal, que el Jurado consideró perjudicial á la industria la solidez de las telas. Sabemos, pues, hacerlas buenas, pero no inventamos esa encantadora belleza, esa variedad seductora, que tanto llama la atención en la sedería francesa.

En encajes se han admirado prodigios: allí había pañuelos de treinta mil reales, y de la mano, con cuello y puño correspondientes, de casi igual valor, y en cuya fabricación se han empleado cuatro años: allí había volantes de Bruselas, que competían en finura y pureza de dibujo con las alas de una mariposa miradas al través de un microscopio; y entre todos aquellos prodigios del arte ocupaban dignamente su puesto las blondas españolas.

La Inglaterra, que tenía en la Exposición cuanto

de notable encierra el Reino-Unido, era, por consiguiente, la mejor representada: habia desocupado sus Museos para llenar la Exposicion; estaba en su casa y podia ostentar lo que nadie: así es que hasta presentó dos cadáveres embalsamados, que se admitieron, pero no se ofrecieron al público. En pintura, por ejemplo, nadie ha exhibido mayor cantidad de cuadros, y si nosotros tomáramos en estos certámenes la parte que podemos y debemos, nuestra coleccion de lienzos hubiera figurado en mas avanzado término, mostrando al mundo que no se ha extinguido el génio que inmortalizó á Murillo y Velazquez.

No se hubieran detenido mucho nuestras lectoras ante la maquinaria, pero no habrian pasado sin pararse un momento á ver fabricar la nieve, que salia de los diferentes aparatos, tan diáfana como el cristal mas puro. Ya son bien conocidas entre nosotros las máquinas para coser, pero no lo son otras muchas para infinitos usos, más ó ménos perfeccionadas aun; pues no parece sino que ya el hombre debe solo emplear su inteligencia, y suplir la fuerza con las ruedas ó cilindros de un aparato: hasta para ordeñar vacas se ha presentado una máquina, que facilita tal operacion con ventajoso éxito.

En lo que tambien se notan prodigiosos adelantos es en la fotografía, este arte nacido ayer, que ya ejerce grande influencia sobre los demás. Desde el tamaño natural de los objetos hasta los glóbulos de la sangre, se vé reproducido cuanto ha deseado el fotógrafo; y tanto nos admiran las grandes estampas, como esos puntos microscópicos, que contienen todo un Congreso, una batalla, ó un ejemplar de *El Tiempo*, el mas colosal de los periódicos ingleses.

Los cristales de Bohemia han llamado igualmente la atencion, como la llama diariamente en los escaparates de nuestros bazares.

En muebles se ha distinguido uno francés, vendido en siete mil duros. Incrustado todo de las mas hermosas maderas, y los mármoles mas bellos y raros, formando con marfil sobre ébano los mas finos arabescos, y siendo los tiradores alhajas de plata oxidada, constituia una verdadera maravilla.

Maravillas tambien se han ostentado en bronce, esa industria que no teniendo ya qué inventar, nos reproduce los objetos de las edades mas remotas, dándonos á conocer con exacta verdad los prodigios del arte pagano en sus mejores tiempos.

En metales blancos atraia las miradas y admiracion de todos el gran *plateau* que se ha hecho en París para adornar la mesa de su Ayuntamiento. No se conoce obra de arte mas colosal, en su género, ni mas magnífica. La Inglaterra ha espuesto tambien obras sublimes en este género.

La bisutería francesa satisface hasta los mas originales caprichos, y se aturde la imaginacion del que contempla, de la prodigiosa inventiva de nuestros

vecinos, que en este ramo no tienen rival en el mundo.

Y España, se nos preguntará, ¿qué ha espuesto? Larga debia ser la contestacion, pero debemos concluir, porque no es nuestro objeto reseñar la Exposicion, sino dar una ligerísima idea de ella, y solo diremos que, hemos presentado de todo, ó mas bien hemos llevado de todo; que hemos obtenido muchos premios, si bien justamente ganados; pero hemos dejado mucho que desear hasta en saber colocar lo que hemos enviado; Pudiendo haber representado en la Exposicion, muy legítimamente, uno de los principales papeles, y ocupado un puesto mas avanzado, hemos hecho plaza á otros. Esto será muy español, pero no ganamos mucho en ello.

En conclusion: el certámen abierto en Lóndres á todas las ciencias, artes é industrias, es una maravilla, de la que no se puede dar una idea exacta, á no soñar con un conjunto de maravillas. No ha ofrecido la novedad de la primera Exposicion, pero ha producido ese asombro que no puede menos de causar todo lo colosal.

En lo sucesivo, la Francia, constante rival de la Inglaterra, está preparando una Exposicion permanente. No puede hacerse mas.

A. PIRALA.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

I.

No temais, bellas lectoras, que os demos un artículo de crítica sábia, esplicándoos un curso de dibujo, otro de perspectiva y otro de composicion, á vuelta de magistrales observaciones sobre la manera de poner el color, sobre el claro oscuro, sobre las diversas escuelas, etc., etc. Ni somos autoridad suficiente para remontarnos á semejante altura, ni creemos que vosotras nos lo agradeceríais demasiado.

«Hay poetas que escriben, y poetas que sienten,» ha dicho un célebre escritor, y esta bella frase podria cambiarse muy bien en esta otra, si no tan bella, no menos exacta: «Hay artistas que espresan y artistas que sienten.» Casi todas las mujeres son artistas por sentimiento, y la delicadeza de su gusto, y la rectitud de su instinto, hacen que adivinen la belleza en el arte, sin necesidad de conocer las reglas en que este se funda.

No vamos, pues, á juzgar ni á criticar: vamos solo á dar cuenta de nuestras impresiones al recorrer las diferentes salas, y casi nos atrevemos á esperar que los bellos ojos que van recorriendo estas líneas con su

mirada, se habrán fijado en mas de uno de los cuadros que iremos citando.

Al pasar por las salas primera hasta la quinta, no os habreis parado mucho en ellas, hermosas lectoras, aunque contienen escelentes dibujos, grabados, litografías y proyectos arquitectónicos apreciables, y alguno que otro cuadro regular.

En la sala sesta ya os habreis detenido algo mas ante el cuadro de *San Fernando, su esposa doña Leonor y su hijo D. Alonso*, obra de D. C. Giron y Cabra; ante *El Juicio de Frere*, de D. R. Lopez; ante *Los últimos momentos del emperador Carlos V*, de D. A. García; ante el *Lance de Honor*, de Rodriguez de Guzman, y ante el *Episodio de la vida de Santa Teresa*, de Balaca, y cerrando los ojos por no ver el color de unas enormes alas que ostentan en otro cuadro unos ángeles que lloran, y que hacen llorar á quien los mira, habreis pasado á la sala sétima.

Ya al poner el pié en ella habrán llamado al momento vuestra atencion *La hija de Lope de Vega viendo pasar el entierro de su padre*, cuadro de Suarez Llanos, y uno de los mas agradables que hay en la exposicion; *Una vista de la Granja*, de Haes, pais pintado como él solo sabe pintarlos; la *Defensa de Zaragoza*, de Navarro y Cañizares, donde se ven figuras valientes y dignas del asunto; el *Tercer Concilio de Toledo*, de Monsó; la *Biblioteca del Escorial*, por Kuntz; la *Toma de Córdoba por San Fernando*, de García Ibañez, y *dos Guardias civiles*, de Van-Halen. Por el tamaño y el asunto habrán atraido vuestras miradas los dos cuadros que representan á *doña Mariana Pineda*; pero aquellas monjas, todas blancas, y con rostros tan parecidos en el uno, y aquel cuello rubio, del mismo color que el cabello, que ostenta la Pineda en el otro, no os habrán satisfecho enteramente. Tampoco os habreis detenido mucho ante el *Baile en el Paraiso* si no ibais vestidas, que no lo iríais, con trajes de colores bastante fuertes para rivalizar con los que allí se destacan; ni ante el *Retrato de Martinez de la Rosa*, si apreciáis la memoria de aquel anciano, cuya venerable cabeza se destacaba, no há mucho, entre las de los concurrentes á las butacas en todos los teatros, y que mas de una vez dirigiria hácia vuestro palco su único y característico antejo.

Pasando por la pequeña sala octava, donde hay una linda imágen de madera, de Páramo, y algunas bonitas miniaturas, entraríais en la novena, á cuya entrada os pararíais ante un *Redil de ovejas*, de don Mariano de la Roca, pintor cuyos bellos cuadros en este género han llamado mucho la atencion en Inglaterra. Despues habreis admirado otros dos preciosos paisajes, de Haes; examinando con gusto la *Capilla mayor de la catedral de Barcelona*, de Parcerisa; los *Últimos momentos de F. Carlos Climagne*, de Mercadé; *La visita de San Francisco de Borja*

al emperador Carlos V, de D. Carlos Esquivel, cuadro de buen conjunto, y en el que descuella la figura del Emperador; la *Toma de Loja*, de Vera; *La mendiga* y un *Carnaval en Paris*, de Ferrant; *las Primicias*, intencionado y agradable cuadro, de Ferrandiz, y varios retratos, vistas y paisajes apreciables.

No es posible entrar en la sala décima sin detenerse al momento ante la *defensa del parque de Madrid, el 2 de Mayo de 1808*, buen cuadro de Castellano, donde se encuentran figuras bien entendidas, grupos bien combinados y armónico conjunto. A su lado llama la atencion por un fuerte efecto de luz *La mujer de Julio César soñando que matan á su marido*, de D. Luis Alvarez, y mas allá *Rodrigo Vazquez visitando la cárcel donde habia encerrado á la familia de Antonio Perez*, de Manzano, y que es en nuestro pobre juicio, uno de los mejores cuadros de la Exposicion. Despues viene la *venganza tomada en las hijas del Cid*, por Valdivieso, hallándose aquellas pobres señoras en un traje, que si se adoptase haria inútiles las revistas del CORREO DE LA MODA. ¿Apostemos á que os habeis estado un buen rato delante de la *Salida de misa en Galicia* y de la *Boda de Charros*, género en que Fierros no tiene rival? Con distinta impresion, pero con igual gusto, habreis contemplado el hermoso cuadro religioso del señor Vera, que representa el *Entierro de San Lorenzo*, y no habreis dejado tampoco pasar desapercibidos el *Metabo*, de Puebla; un *paisaje*, de Algarra; *Felipe III de Francia moribundo*, de Ferrand, y *Una campesina napolitana*, de Palmaroli.

Ya en la sala XI, os habrá enternecido *Doña Juana la loca mandando abrir el féretro de su esposo*, de Giner, y luego habreis ido recorriendo, entre otros varios lienzos, dos *vistas de los Paises Bajos*, de Sanchez Blanco; el *Entierro del Pastor Crisóstomo*, de García; *Colon volviendo preso á España*, de Jover; *La jura en Santa Gadea*, de Rincon; el *Regreso del licenciado*, de Mendiguchia; un retrato de Balaca, el del respetable general Llanos, de García, y un *alcalde*, de Ferrandiz.

En la sala XII veríais pocos cuadros, algunos de ellos regulares, como la *Vision de doña María de Padilla* y algun otro.

La sala XIII es de escultura, y al momento os llamaria la atencion la estatua de S. M. la Reina, por Vallmitjana, cuya parte superior es escelente. A vosotras, que sois mas inteligentes en estas materias, ¿no os ha parecido que aquella falda se pliega de una manera que solo puede concebirse en una tela excesivamente fuerte? La estatua de *La tragedia*, del mismo autor, es muy buena, y merecen citarse *San Sebastian*, *Santa Isabel*, el *Padre Feijóo* y otras, como tambien un bajo relieve que representa á *Atila*.

Atravesaríais luego la sala de descanso, y os dirigiríais á la sala XIV, donde se encuentran escelentes

cuadros; pero no sé si os sucedería, amables lectoras, lo que á nosotros nos pasó el primer dia que fuimos á ver la Exposición: era ya tarde y no nos dejaron entrar en esta sala. Dejaremos, pues, para otro artículo el hablar de ella, dividiendo nuestras impresiones en la misma forma en que las hemos recibido.

JOSÉ M. DE LARREA.

LABORES.

Hoy que las labores de la mujer han llegado á su mas alto grado de perfeccion, hoy que se agotan las combinaciones mas estrañas para ellas, apenas habrá género de manufactura que no sea tributario de nuestras labores. Ya son los estambres cambiados con la mostacilla, ya el terciopelo con el tafilete, ya el oro con flores de cuero, imitando á maderas, ya, en fin, la paja, la cera, la madera y el cristal. Entre todas estas, las labores de estambres y paja ocupan un lugar preferente, siendo lindísimo el resultado de ellas. A este género pertenece nuestro modelo núm. 2, cuya esplicacion es la siguiente:

Comiézase por tender de un lado á otro del cañamazo esterillas de paja, que se hilvanarán y cruzarán por otras, teniendo cuidado de separar unas de otras quince puntos del cañamazo, lo que dará un cuadro perfecto, contando los mismos puntos por todos lados. Bórdase despues en este cuadro el dibujo que marca el modelo con seda lasa grana, y se rellena el fondo con estambre azul de Francia. Concluido el bordado, falta solo coser todo alrededor del cuadro un cordoncillo que sujete las dos esterillas, formando una cruz, y encima de esta se hace con la seda grana otra cruz mas pequeña, colocando los brazos entre los de la otra cruz. Hé aquí terminada nuestra labor, la cual se guarnecerá con un rizado de merino azul, si no se prefiere un fleco, que tambien le admite, y aun seria mas conveniente, segun el uso á que se destine.

Respecto de utilizarse, esta labor tiene infinitas aplicaciones, y puede ser redonda ó cuadrada, á gusto de quien la ejecute: si quiere hacerse de ella dos arandelas para debajo de los candeleros, pueden hacerse redondas: si se emplea esta labor para almohadones de sofá, deben hacerse cuadrados, y entonces rodearlos de un cordón grueso, con borlas en las puntas: si, finalmente, se destina á cubrir un velador de esos riquísimos, que tan bien están delante de una chimenea ó de un balcon, puede dársele la figura que aquel tenga; en fin, esta labor, una de las mas caprichosas y de menos coste que hoy producen con gran aceptación las manos de la mujer, es sumamente distinguida, y no dudamos que será reproducida por muchas de nuestras lectoras.

El primer modelo que va en el grabado es un lindo

entredos, que puede hacerse de *crochet* calado, con el dibujo tupido, ó de *crochet* oriental, bordando encima, á punto de cañamazo, la linda guirnalda que muestra el dibujo: de uno ú otro modo ese entredos, es el fundamento de una linda labor, si no se quiere que la forme completa; pues uniendo tiras semejantes, pueden formarse almohadones, colchas, y si se hace con algodón en *crochet* calado, puede servir para cortinajes, bien uniendo tiras de ese encaje, bien alternándole con cuadros del mismo punto, y entonces formarian un cortinaje ó sobre-cama de lindísima vista y gran valor.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

MODAS.

Esplificacion del FIGURIN, número 686.

FIG. 1.^a TRAJE PARA NIÑA DE SIETE AÑOS.—*Falda* y *Paletot* de paño estampado formando rayas: una tira negra, con vivos de trencilla roja, adorna la falda en el bajo, y guarnece el paletot alrededor, así como la manga y los bolsillos. *Cuello* y *mangas* de nansouk: *sombrero-capota* de tafetan blanco con traviesas de terciopelo negro y flores encarnadas.

FIG. 2.^a TRAJE PARA NIÑO DE CINCO AÑOS.—*Vestido* ó *paletot* de paño azul con esclavina corta: una hilera de botones le cierra de arriba á abajo, y á ambos lados baja una cinta de terciopelo negro, con un bordado mas interior de trencilla. El mismo adorno se repite en las mangas y esclavina. *Sombrero* de terciopelo negro con cintas de terciopelo azul.

FIG. 3.^a TRAJE PARA NIÑO DE NUEVE AÑOS.—*Blusa* y *pantalon* de terciopelo negro, sujeta la primera por un cinturon del mismo terciopelo, y ceñido el segundo en la rodilla. *Botines* negros y *sombrero* á lo Carlos IX, con plumas rojas y negras.

FIG. 4.^a TRAJE PARA NIÑO DE DIEZ AÑOS.—*Vestido* á la americana, compuesto de pantalon ancho de paño gris, chaleco recto de poplin azul, y chaqueta suelta de la misma, que no marca el talle. La chaquetita y el chaleco van adornados de un vivo ancho de terciopelo negro.

FIG. 5.^a TRAJE PARA NIÑO DE CINCO Á SEIS AÑOS.—*Vestido* de poplin azul, y *paletot* de paño gris perla, guarnecido de terciopelo negro, y bordado con trencilla, negra tambien. *Sombrero* de fieltro negro, adornado con terciopelo azul y plumas blancas.

FIG. 6.^a TRAJE PARA NIÑO DE SIETE AÑOS.—*Vestido* escocés, compuesto de falda de poplin á cuadros; *chaqueta* de terciopelo negro, *plaid* igual á la falda, y *gorra* de terciopelo, con adornos escoceses y pluma de capricho. Completan este lindo traje, que nunca se deja de usar para niños de cierta edad, los botines de cuadros grandes y el cinturon con la escarcela de piel.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



Ad. Goubaud del.

LE MONITEUR DE LA MODÉ

Paris, Rue de Richelieu, 92.

Modèles de Costumes d'Enfants de la *M^{me} PAULINE ROYER* n. de Rivoli, 186.

Chaqueux de Desprey, Aux Quaxones, Boulevard des Filles, 28.

CORREO DE LA MODA.

229-1

EL CORREO DE LA NOBIA

REVISTA DE ECONOMIA

Publicada los días 15 de cada mes en el número 15 de cada tomo.

El precio de cada número es de \$ 1.000.

El Correo de la Nobia es una revista de economía que se publica los días 15 de cada mes en el número 15 de cada tomo. El precio de cada número es de \$ 1.000.

El Correo de la Nobia es una revista de economía que se publica los días 15 de cada mes en el número 15 de cada tomo. El precio de cada número es de \$ 1.000.

El Correo de la Nobia es una revista de economía que se publica los días 15 de cada mes en el número 15 de cada tomo. El precio de cada número es de \$ 1.000.